

CARMEN NUNI FERREIRA

FIESTA EFÍMERA



*Nueva
Narrativa*



EDITORIAL UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES



CARMEN NUNI FERREIRA

Fiesta efímera

COLECCIÓN NUEVA NARRATIVA

EDITORIAL UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES
San Luis 1870 (ex 340) - CP 3.300
Posadas - Misiones - Tel-Fax (03752) 428601
e-mail: editorial@correo.unam.edu.ar
web-site: www.unam.edu.ar

Colección: Nueva Narrativa

Coordinación: Nicolás Capaccio

Diagramación, armado y
diseño de tapa: Carolina Ascarza

Revisión de texto: Hedda Giraudó

Hecho el depósito de la Ley 11.723
Impreso en Argentina
ISBN: 987-9121-77-5

EDITORIAL UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES, POSADAS, 2002
Todos los derechos reservados para esta edición.

AGRADECIMIENTOS

Vaya mi agradecimiento a Nora Delgado y a Rolo Capaccio, por propiciar zonas de encuentro para el encantamiento y por esa actitud generosa de ofrecer espacios para la creatividad, estimular su uso y abuso y permitirse disfrutar con las producciones.

A Rolo, por abrir las puertas a la realización de sueños, frente a una realidad vacía.

A mi pareja, Claudio, por estimularme, apoyarme y respetarme; aun en las diferencias.

A todas las personas que conozco y que no conozco, que me ofrecen material para representar la vida y disfrutar con la belleza de hugarla.

A mi hija Camila, por existir.

PRÓLOGO

Estas son historias cotidianas, fracciones de vida de personas comunes que solo despeñan un itinerario intrascendente. Seres que van y vienen, sin mayores glorias. Y sin embargo afrontan el más enigmático camino, el que coloca a cada ser humano en su justa dimensión de fragilidad: la vida.

No creo que exista nada más mágico que el devenir del tiempo, que los aconteceres cotidianos, que la vida vivida como una sorpresa. Aunque lo que ocurra no sea placentero, tal como les sucede a algunos de estos personajes, que tienen sin embargo la oportunidad de ser artistas de su propio convivir, de su día a día.

“Lo cotidiano está sembrado de maravillas, espuma tan deslumbrante [...] como la de los escritores o los artistas. Sin nombre propio, toda suerte de lenguajes dan motivo a estas fiestas efímeras que surgen, desaparecen o recomienzan”. Como Michel de Certeau, muchos escritores nos fascinamos con lo cotidiano, por que es la entrada al mundo que todos conocemos, que indefectiblemente habita en nosotros.

C. N. F.

LA POESÍA

*“...pra poesia que a gente nao vive
transforme o tédio em melodia...”*

TODO O AMOR QUE HOVER NESSA VIDA - CAZUZA

Más profundamente o más a flor de piel, todo ser humano añora “vivir en poesía”.

Esas sensaciones que a uno lo arrasan en determinados momentos, provocando estados de ánimo que van desde la alegría más cristalina a la tristeza más profunda, no son más que evidencias de estar vivo y eso en sí mismo ya es poesía.

¿Quién pudiera vivir sumergido, empapado de emociones cada minuto de la vida? Eso sería escaparle al tedio, por lo menos.

Y después transformar eso en poesía, hacer que la emoción más incómoda sea algo bello. Ser una especie de alquimista -detenido y profundo- en estos tiempos de vértigo, en que todo es igual a nada, en que nos falta espacio para detenernos y paladear lo que senti-

mos, lo que nos atraviesa, lo que verdaderamente nos mueve, lo que nos conmueve.

¿Cuánta más contundencia, cuántos más tonos y densidades tendría el mundo si cada uno de nosotros fuese al encuentro del otro haciendo pie en sí mismo?

Aunque el otro sea un desconocido (que no es lo mismo que nadie) y aunque el encuentro sea fugaz (pero no por eso efímero).

Un día podría ser una eternidad. Y nosotros podríamos plantarnos sobre nuestras azarosas vidas porque ya no nos importaría el futuro, ni el pasado. Solo seríamos cada momento, porque tendríamos conciencia de estar vivos.

¿No sería eso transformar el tedio en melodía?
Eso sería vivir en poesía.

... Y EL ÚLTIMO DÍA, EL HOMBRE RIÓ

Por fin salió, como un vómito, a borbotones, llenando la ciudad. Las calles y las casas retumbaban y algunos vidrios se rompieron, pero nadie se asustó.

Habían pasado tantos años que ya sumaban siglos, y los cuerpos nunca se habían sacudido para hacer algo que no los condujera a la muerte.

En esa ciudad las casas, los edificios, las plazas y las calles habían ido cambiando, pero las personas seguían oscuras, violentas, melancólicas y mustias a lo largo de los años. Cada tanto los ánimos se agitaban e iban a una guerra que servía para sacarse de encima tanta vida mal vivida, tanta energía apresada. Después de esas erupciones volvían a una vida monocorde y apagada hasta que de pronto se brotaban nuevamente y volvían a descargarse con las armas y los tiros.

Pero un día entró a la ciudad una banda de seres que si bien parecían personas, mostraban comportamientos extraños: giraban sobre sí mismos, algunos se elevaban en el aire, hacían sonar ruidosamente unos artefactos redondos que golpeaban con palos, pero lo

más extraño era que junto con unas muecas de la cara proferían extraños sonidos que parecían venir realmente de la tierra que pisaban, y después de atravesarlos -provocándoles temblores y sacudones- ganaban el aire hasta resonar a lo lejos.

Semejante habilidad nunca había sido vista (y mucho menos experimentada) por la gente de ese lugar; así que se los trató con cuidado primero, con respeto después y finalmente con admiración.

Todos quisieron aprender a hacer esa especie de magia que unía Tierra, Hombres y Cielo con el mismo hilo, ese poderoso sacudón que parecía dejarlos, además, tan serenos.

Por supuesto que aprendieron, aunque al principio costó bastante aflojar esos cuerpos entumecidos de tanto músculo ajustado. Pero a medida que los fueron aflojando, un sonido particular y personal fue saliendo de cada uno de los habitantes, hasta que llegó ese día en que la ciudad entera se movió de esa manera y a nadie le quedó ganas de volver a pelear.

Fue el día en que la gente descubrió la risa y se reconcilió con el mundo.

LA AMIGA DE PAPÁ NOEL

Es una de esas tranquilas noches de verano, hace calor y la mujer le propone a su hija chiquita salir a sentarse al patio. Hay poca luna y muchas estrellas. Cantan algunos grillos y el aire está suave y perfumado.

Madre: —Mirá cómo brilla esa estrella. ¡Qué grande que es!

Hija: —En una estrella así... ¡Ah! ¡sí!, ¡sí! ¡Esa es! En esa estrella vive Papá Noel con un montón de enanitos que fabrican todos los juguetes.

Madre: —Ah ¿sí? ¿Y vos cómo sabés?

Hija: —La muestran en la tele. Es la estrella que más brilla.

Madre: —¿Y cómo son los enanitos?

Hija: —Son re-chiquititos... pero no son siete, son cien mil quinientos, más o menos.

Mamá: —¿Y duermen?

Hija: —Sí, dos o tres horas y ya se levantan y siguen haciendo juguetes. Como son chiquititos tienen poco sueño...

Mamá: —¿Y dónde viven?

Hija: —Adentro de la estrella. Papá Noel hace magia y los hace entrar adentro.

Mamá: —Qué lindo debe ser vivir ahí, ¿no?

Hija: —¡PUF! Re-lindo. Mirá si yo era la amiga de Papá Noel...

LA LEYENDA DE “EL SOLAR”

En el barrio El Solar, hace mucho tiempo, vivía una mujer morocha que nunca se había cortado el cabello y ya le alcanzaba las rodillas. Vivía sola y no hablaba con nadie, y aunque era muy hermosa nunca se la vio con ningún hombre. En realidad, en el barrio le tenían miedo porque cuando salía de día su pelo brillaba al sol como si fuera un gran espejo que atrapaba la luz y la devolvía encandilando a quienes la miraban.

Una noche, un grupo de muchachos decidió entrar a su casa por asalto y cortarle el pelo. Querían ver si así dejaba de infundirles miedo y podían encararla.

Eran siete jóvenes y esperaron hasta después de medianoche para asegurarse que estuviera dormida. Sigilosamente entraron por una ventana de madera cuya bisagra hacía rato que estaba suelta, en la parte de atrás de la casita pintada de verde. Era la única casa que había en toda la manzana y su terreno estaba cercado con costaneros altos. Rodeando deliberadamente la casa había una hilera de alegrías del hogar, rojas como la sangre.

Saltaban de a uno y en absoluto silencio, aunque

podían oír los latidos de los corazones, ¿eran los propios o los de los demás? Cuando entró el último, y como si la casa entera hubiera estado rociada con algún solvente, la construcción se incendió y en un segundo ardió completamente.

A pesar de la intensa búsqueda desplegada por los bomberos después que consiguieron apagar el fuego increíblemente resistente, la policía nunca encontró los cuerpos: ni de los muchachos, ni de la chica.

A la mañana siguiente el cielo amaneció negro. Una tormenta furiosa se abatió sobre la ciudad durante toda la semana.

Cuando volvió a salir el sol, toda la manzana donde había estado la casa de la mujer apareció iluminada como si debajo de la tierra hubiera un espejo. Amontonadas en el lugar de la casita verde había siete piedras negras y oscuras que se calcinaban al sol, entre la tierra y el cielo, cubiertas de lagartijas.

Debido a esa luz que salía de la tierra (y que hasta hoy puede observarse en las zonas donde es más débil la vegetación), los vecinos llamaron al barrio «El Solar».

Las piedras estuvieron allí hasta que una vecina morocha, con el pelo hasta las rodillas, contrató una topadora para que las llevara a tirar al río.

LA TRILOGÍA DEL VIENTO

El raquíutico arbolito que insistía con sobrevivir en ese paisaje, perdía antes de que crecieran las incipientes hojitas que se adivinaban en la punta de sus ramas.

El viento silbaba en el árido campo llevándose todo por delante, menos la soledad que crecía imponente atrás del polvo que se levantaba de los caminos.

Hacía mucho tiempo que ningún auto pasaba por ese lugar y el hombre viejo ya estaba acostumbrado. Después de todo era lo que él había elegido, nadie lo había obligado a vivir en “el faro”.

Llegó una mañana porque la camioneta que lo levantó a la salida de la ciudad iba a cruzar la frontera; entonces pidió que lo bajasen allí. Buscó maderas viejas y pedazos de chapas en los alrededores, se armó una casilla de dos por dos metros y decidió vivir allí hasta el final de su tiempo.

Cuando los chicos golpearon las manos afuera, él estaba viendo cómo los mejillones -aún vivos- se abrían desesperadamente en el agua que ya hervía, adentro de la olla negra que usaba para cocinar, sobre un leño

grueso, lo que comía todos los días: mejillones. Los juntaba de las piedras cuando bajaba la marea.

A veces tenía suerte y aparecían las centollas; esos eran los días en que festejaba todas las fiestas juntas, las que se le habían ido pasando en ese tiempo sin tiempo en el que vivía.

Abrió la puerta y la expresión de los niños le sirvió de espejo para saber cómo estaría su aspecto. Estuvieron a punto de salir a correr, pero atrás venían los padres que intentaron un saludo amable, decididos a establecer comunicación con el único habitante del lugar:

—¿Así que este es el lugar más austral del continente?

—¿Se pueden cazar pingüinos?

—¿Podemos subir al faro?

El viejo no podía articular palabra, era como si la lengua no le respondiera a tanto estímulo y se aturdira junto con su cabeza.

Con un ademán los invitó a pasar, pero en cuanto volvió a destapar la olla en un formal gesto de invitación a comer, los chicos salieron despedidos a punto de vomitar y los padres se quedaron duros, tratando de ocultar la cara de asco.

Por fin una voz ronca surgió de su garganta, como un gusano grande y gordo que se despierta de una larga hibernación y se da cuenta que creció tanto que la cueva le quedó chica. Les dijo que podían hacer lo que quisieran, que a él no le molestaba -y se cansó tanto que lo demás volvió a decirlo con gestos-

Podían subir al faro, cazar pingüinos (si los alcanzaban) y tirarse por la pendiente de la meseta, literalmente “comida” por el viento que soplaba en ese lugar.

Mientras la familia llenaba de sonidos humanos el paisaje, el viejo permaneció adentro de su casa, pensando lo mismo que se le venía a la cabeza cada vez que llegaba gente a ese lugar. Era como si un terremoto le agrietara nuevamente la vida que apenas había podido rearmar, a fuerza de distancia, de soledad y de rudeza.

Sabía que la posibilidad de volver a la ciudad estaba ahí, al alcance de la mano. Nadie se negaría a llevarlo de vuelta la cantidad de kilómetros que lo separaban de la vida, con solo pedirselo.

Un breve entusiasmo tomaba cuerpo en su corazón desarmado, y cuando parecía que iba a poder decidirlo, se le venía otra vez esa sensación: una desesperación enorme le ganaba el pecho y le mordía las entrañas, sentía que podía volcarse, abismarse, y atrás venían todos los recuerdos, la familia, sus hijos, el incendio, el terror, la cobardía, la culpa, la locura y por fin, la soledad. La infinita soledad y el silencio eran lo único que lo calmaban.

Si tenía que vivir más tiempo, solo podía hacerlo así.

Se durmió profundamente hasta que la bocina del Falcon que se iba le ofreció el último saludo que habría de intercambiar con sus pares, los humanos.

Los diez o doce años que siguieron hasta que su cuerpo se secó a la orilla del mar los compartió con su otro par, ese con quien tenía en común la soledad, la distancia y la rudeza. Los compartió con el viento.

LA COMARCA DE LOS PECES CIEGOS

(O la historia del granito de arena)

Hubo, en un cercano tiempo, una pizca de tierra habitada. Era nada más -y nada menos- que una pizca y estaba poblada por apenas un puñado de gente.

Pero esta población tenía una particularidad, una condición que no se repetía en el resto del Universo: los individuos excedían la diversidad genética, es decir que había "x" cantidad de patrones genéticos pero el puñado era "x + y". En consecuencia no tenían más alternativa que repetirse.

***Así, unos cuantos habitantes se parecían entre sí y se diferenciaban de otros que -a su vez- eran parecidos a sí mismos. Más que parecidos; eran iguales, calcados, idénticos, absolutamente predecibles para ellos mismos. Aunque en cada grupo había individuos excepcionales que se ocupaban de descifrarlos, y viceversa; porque alcanzaban a percibir la diferencia, pero no eran precisamente la mayoría. Claro que, para confirmar la regla, había excepciones; también existían los

únicos o diversos o diferentes o anormales o atrevidos que -seguramente sin desearlo- habían sufrido una malformación en su ADN y emergieron de su original agujero negro, irrepetibles.

Como hasta el último y recóndito granito de pus tenía su razón de ser en este lugar (como en cualquier otro), tanto los iguales como los diferentes traían impresa -en su multifacético destino- la misión que debían desempeñar a lo largo de sus cortas existencias. Lo supieran o no, eran esclavos de su carta natal y apartarse de ella era motivo de disolución, o muerte, bah.

Durante el paso de infinitas medidas de tiempo, transcurrieron emergiendo y disolviéndose casi equilibradamente, tanto en calidad como en cantidad, tanto en formas como en tamaños, tanto en espacios como en momentos. Hasta que llegó el tiempo límite (siempre llega) de su masiva reproducción y comenzó la escasez. Estos seres -por necios- agotaron el agua que mojaba la tierra para ablandarla, y así permitirles la salida de sus agujeros negros, antes mencionados. Esa era la única forma de nacimiento que conocían y que habían desarrollado hasta el extremo de fertilizar siete donde debía haber uno. No eran conscientes de los vaticinios de la numerología y nunca le dieron mayor importancia al número logrado. Tampoco a la cantidad de agua de más que necesitaban para mojar siete y no uno.

CRASO ERROR.

La pizca de tierra se vengó de tamaña afrenta y les negó para siempre el vital líquido. Se quedaron atrapados bajo los duros terrones que los fueron encapsulando; hasta formar -hoy por hoy- interminables y significativos **granitos de arena**.

Sin duda, aquellas individualidades son las que conforman nuestras actuales paradisíacas playas, con

la caparazón tan impenetrable que no podrán, jamás, absorber ni una gota de los azules mares que las bañan.

Y ahora nosotros descansamos sobre su historia con nuestra caparazón ¿blanda?

POSADAS: 5 PESOS Y ESTA HISTORIA

El auto es grande y nuevo, poderoso, de esos que manejan los hombres.

Pero lo conduce una mujer.

La mujer es rubia (teñida) y -según la fracción de rostro que se advierte en el espejo retrovisor- es linda.

Es remisera y trabaja de noche.

Pero no está de vuelta de todo, está no más. Está haciendo ese trabajo, sin conocer todo lo que se ha hablado y se sigue hablando sobre conciencia de género y las “poderosas mujeres que desafían al hombre” y los mandatos que soporta hoy la femineidad.

No hay igualdad, hay equiparación. Equiparación de imagen: un remisero-una remisera, un conductor-una mujer al volante. Conduce, hace los cambios, atiende la dirección adonde tiene que ir, habla por radio con la base, conversa con la pasajera, mira para todos lados porque no se puede estar desatenta aunque parezca que está todo bien.

Una mujer que antes de mujer es persona. Igual que un hombre que antes que macho es gente. Y tiene miedos y frustraciones, y trabaja como todo el mundo,

en la calle, y no se queja ni se vanagloria. No parece un hombre, es una mujer. Y tampoco desafía al mundo con eso. Es igual cuando lava los platos, o se banca los berrinches del marido.

No provoca ni admiración, ni compasión. Sólo sorprende participar de tanta autenticidad. Ella ni se da cuenta de los significados que reúne el simple hecho de trabajar de remisera, a la noche, con un auto grande, valioso y lindo, en Posadas, Misiones, Argentina.

Ojalá fuera mi amiga. Para bajar a la vida más seguido.

OPCIÓN DE VIDA

Bajó la vista llena de vergüenza como si se hubiera asomado a una casa extraña sin invitación. Se sumergió en el papel que tenía en las manos con fervor. Hacía como que leía pero solamente seguía las letras sin entender nada, sin poder hacer pie en una sola palabra. El bochorno le ensanchaba la garganta y le ajustaba la boca, obligándola a mantener una mueca de sonrisa que la hacía sentir más estúpida.

De pronto pensó que si él le preguntaba algo, las cosas se iban a poner intolerables, así que decidió salir de esa situación como pudiera, con lo puesto. Sólo levantarse e irse.

No, no podía. Tenía que buscar una excusa, no se le ocurría nada aceptable. Parecía que habían pasado siglos.

¿Qué estaría pensando él? “A esta mina le pasa algo, está mal de la cabeza”.

De última qué le importaba lo que él pensara si era un ilustre desconocido.

Bueno, basta de estupideces ¿Cuándo se había vuelto tan infantil?

Dejó la hoja al lado de la computadora, se levantó despacio, le dijo que era tarde y que seguirían mañana, agarró su cartera y se fue midiendo los pasos para que no se notara que quería correr.

Cuando ganó la calle le dolían los músculos de la espalda y sentía la cara como una piedra mora. Una mezcla de desazón y bronca le ocupó el pecho y ya no pudo sacársela de encima hasta que llegó a su casa y la normalidad de su vida la recibió en la vereda, con el perro saludándola.

Se habían conocido hacía unos meses cuando ella cambió de trabajo. En realidad se habían visto un par de veces en la oficina y habían cruzado saludos impersonales. Una de las veces ella llevaba puesto un vestido bastante corto (aunque no escandaloso como esos que usan las chicas jóvenes) y él había bajado la mirada hasta sus piernas desembozadamente. Ni siquiera la saludó, solo fijó la vista en sus piernas hasta que ella desapareció.

¡Qué descarado! –pensó– aunque le había gustado esa actitud tan masculina. Hacía tiempo que nadie la miraba en la calle, ni en la oficina, ni en el supermercado, ni en ningún lado. Hacía tiempo también que ella no miraba a nadie y si pensaba más de dos minutos en un hombre era porque tenía que ir a verlo para ofrecerle un seguro de vida.

Porque eso era lo que hacía Zuleika, vendía seguros de vida. Y tenía mucha experiencia, había trabajado en varias compañías y ahora la llamaban cuando lanzaban campañas de promoción y ventas masivas. Ella era una máquina vendiendo, además se sabía todas las cláusulas y condiciones de venta y de pago. Los seguros no tenían secretos para ella.

Quizá por eso, por trabajar con seguros, había descartado casi sin darse cuenta la búsqueda de lo miste-

rioso de la vida. Sabía perfectamente dónde tenía que ir y a qué hora, y qué tenía que decir en cada ocasión. En fin, sin sorpresas. Pero no por elección, sino solamente porque los azares de su vida la habían conducido a esa zona conocida e iluminada de sí misma.

Esa noche durmió a los saltos y al otro día se levantó de peor humor. No iba a tolerar más esas absurdas tensiones. Si le molestaba estar con él, iba a suspender el diseño de esos formularios y listo. Después los hacía con una regla y los mandaba a fotocopiar, o le pedía a otro compañero que supiera manejar esa mierda de programa que no sé para qué los hacían tan difíciles. ¿No era que la computación resolvía los problemas a la gente? A ella, ayer, casi le había provocado gastritis... e insomnio.

Salió a la calle y visitó un par de clientes antes de llegar a la oficina, pero cuando llegó él no estaba. Preguntó distraídamente si le había dejado los originales y le dijeron que había viajado al interior y que a lo mejor se quedaba un tiempo gerenciando la sucursal de Eldorado.

Casi se le cayó el mate que estaba tomando, aunque siguió chupando hasta que la bombilla hizo ruido mientras pensaba por qué sentía tanta desilusión. “El formulario hubiera salido más lindo si se lo hacía él, había unas líneas y unas letras tan lindas que le habrían podido incorporar...” Pero bueno, eso era lo normal, que ella tuviera que resolver todo sola porque si encargaba favores, o tardaban mucho o se los hacían mal. Nada nuevo bajo el sol.

Salvo ese incómodo recuerdo de su mirada limpia y abierta que ella no había podido sostener y que la había llenado de sensaciones encontradas.

Habían pasado como 10 años desde la última vez que había sentido algo parecido, porque esas otras re-

laciones que tenía de vez en cuando eran más parecidas a un contrato de seguros que a un encuentro, llenas de cláusulas y condiciones que si no las ponía el otro, las instalaba ella y -obviamente- antes de poder cumplirlas se aburría y decidía rescindir la relación. Pero se había acostumbrado y ya le parecía que eso era lo único posible. Por eso también, hacía rato que ya no buscaba establecer contratos y la soledad se le había instalado inadvertidamente.

Ahora, mientras trazaba rayas con una regla sobre el papel en blanco, pensaba en cuánto tiempo hacía que no se miraba las piernas, que lo único que rozaban sus pechos era el corpiño y que usaba la boca para comer y lavarse los dientes. La última vez que se le había erizado la piel fue debido a la corriente de aire que atravesaba su habitación en invierno y le había provocado una contractura muscular antes que una placentera expansión del ser.

No. Esas sensaciones eran decididamente del pasado, cuando la juventud fluía por los rincones de la ciudad y la vida era densidad y emociones. Ahí sí era fácil vivir, todo era apasionante.

Pero después la pasión fue trocando en equilibrio y enseguida en monotonía, y las emociones más fuertes que sentía aparecían después de esos accesos de llanto que a veces la asaltaban. Ahí el alma se le ponía quebradiza y le parecía que podía sentir el mundo adentro suyo, como si lo abarcara más allá de los sentidos, como si se le metiera a través de la piel y lo sintiera sin pensar en nada.

Esa noche llegó a su casa y ni siquiera comió. Se acostó enseguida y ya estaba a punto de dormirse cuando sonó el teléfono. Se levantó sorprendida porque nadie la llamaba sin acuerdos previos.

Final (a elección)

Final 1

Alzó el tubo y su voz sonó dulce y poderosa como un trago de ginebra, y al instante estuvo de nuevo caminando en la cúspide de esos témpanos en que se habían convertido sus nervios desde que él se había cruzado.

Tenía que quedarse un mes en la sucursal, pero había vuelto esa noche y quería verla. Su voz tenía un dejo de temblor y Zuleika se dio cuenta que él también estaba nervioso. A lo mejor no era tan difícil volver a relacionarse con alguien sin seguros de por medio.

Aceptó tímidamente, aunque al instante se arrepintió. Bueno, en todo caso salía un ratito y volvía enseguida.

Se encontraron en un bar del centro, luminoso y pacato. Hablaron de generalidades y cuando él pidió la cuenta, ella confirmó que la salida había sido inútil. Si se hubiera quedado en su casa, al menos, mañana no tendría tanto sueño en la oficina. Era una tonta por haberse entusiasmado.

El le abrió la puerta de vidrio y le cedió el paso, pero en la vereda de pronto la miró a los ojos y la invitó a ir a otro bar.

Y ella aceptó.

Después fueron a otro, y a otro y a otro.

En cada uno cayeron pedazos de vida vieja y retornaron emociones olvidadas.

Y como una cadena engarzada delicadamente, fueron afinando sus voces entre sonidos urbanos, encontrando la poesía oculta en las noches de la ciudad.

A las seis de la mañana, cuando finalmente terminaron en la cama, la procesión de bares había conjurado la lejanía y les había marcado el sutil camino de

regreso a la vida.

Final 2

Alzó el tubo, era él. Su voz la exasperó. El muy descarado la invitaba a comer así como si nada, había regresado esa noche porque tenía trámites que hacer pero volvía al otro día temprano.

Estuvo a punto de cortarle el teléfono, pero después pensó que a lo mejor tenía que ver qué era lo que le pasaba, así que le dijo que sí, pero un rato nomás porque quería acostarse temprano.

Se vistió y se maquilló poco, sin mucho arreglo.

El muchacho era simpático y la verdad, bastante atento y educado. Hablaron algo de sus historias personales y mucho de trabajo y le pareció que no tenía oscuros intereses para relacionarse con ella; simplemente quería conocerla, por raro que esto fuera.

Terminaron de comer y la llevó derecho a su casa, tal como ella le había pedido. Cruzaron un saludo formal y se despidieron.

Ella no preguntó cuándo volvería y él no preguntó si quería salir otro día.

Ahora, seis meses después de esa ocasión, Zuleika se enteró que aquel muchacho se quedó a vivir en Eldorado y que hoy se casa con una chica de allá, y que mandó una invitación por fax para todos los compañeros de la oficina de Posadas. Pero ella no tiene auto y el colectivo para llegar a horario salió hace 10 minutos.

De todas maneras ella no tiene mucho interés en ir, prefiere quedarse y descansar. Además, ¿quién le daría de comer al perro?

FLORES DE PLÁSTICO (ROJAS)

Doña Anita es la curandera del barrio y las colas en el patio de su casa llegan a ser multitudinarias. Desde un gordo con malestar estomacal hasta un bebé ojeado, encuentran consuelo en sus pases mágicos frente a una cómoda devenida en altar, donde la Virgen de Fátima comparte ofrendas con San la Muerte y la Virgen de Caá Cupé. Con devoción enciende una nueva vela y acomoda flores de plástico en las manos de sus estatuillas, colgadas profusamente en la pared celeste, porque la cómoda ya le quedó chica.

Todos en el barrio conocen la anécdota de cuando Anita se consagró como la mejor médica de la zona. Fue cuando a la María Teresa el médico le había dado dos meses de vida porque el cáncer “le había agarrado todos los pechos y ya no servía ni para vaciarle”.

Desesperada, había ido a encomendarse a las conexiones que doña Anita tenía con los dioses, o con los diablos, lo mismo le daba. La cosa era quedarse unos años más hasta que sus tres hijos tuvieran por lo menos edad para ir a la escuela.

A doña Anita se le partía el alma al ver a esa pobre mujer apretando el pañuelo en que se sonaba los mocos y se secaba las lágrimas, y sobre el que rezaba invocando desesperadamente cualquier divinidad mediadora entre ella y la muerte.

Era tal la decisión de la María Teresa de pelearle al destino que Anita no dudó más. La dejó rezando frente a los santos y fue al fondo a buscar esa estatuilla envuelta en trapos viejos que había encerrado en un cajón hacía exactamente 15 años, jurando que no volvería a mirarla jamás. Aquella vez se había asustado mucho.

Había ido a ese departamento sólo porque la vieja había sido su vecina hacía años, cuando era pobre igual que ella. Después, quién sabe por qué designios del destino y negocios del marido, había saltado de clase social y no paraban de viajar y de comprarse autos. Anita -como el resto del barrio- sabía que el sindicato (donde él era el hombre fuerte) era la fuente de todos esos ingresos que debían tener otros destinatarios, pero que por el momento “quedaban a buen resguardo en manos de su conductor”.

La vieja estaba a punto de morir y ninguno de sus hijos iba ni siquiera a visitarla, y a Anita le daba mucha lástima. De lo contrario no hubiera aceptado atender a alguien fuera de su casa, del resguardo de sus santos. Pero la vieja le había dicho que solo quería que la acompañara un rato.

Pero una vez allá, los dos -acostumbrados como estaban a sobornar hasta salirse con la suya- le ofrecieron una casa nueva, la que ellos tenían antes en el barrio y que habían refaccionado hasta dejarla grande y amplia, de dos pisos; eso si Anita lograba mejorarle la salud a la vieja.

Anita no había resistido la tentación. La casita de madera verde ya era muy fría en invierno, y el catre muy duro para su espalda vieja. Se puso a trabajar, a prender velas y a cantar en un idioma raro, mientras hacía pases con las dos manos. La cara se le fue transformando y cuando abrió los ojos, lanzaba rayos de fuego por ellos. Cada vez que abría la boca era para vomitar puteadas interminables, con una voz andrajosa y rancia. Pidió caña y antes que el viejo se la alcanzara ya la había sacado del bar, la abrió con la boca y tomó media botella de un trago. Mandó a que apagaran la luz y dejaran solo las velas encendidas y pidió tabaco para fumar.

Después de dar unas vueltas alrededor de la cama de la enferma, se paró enfrente y le ordenó que se levantara. Era tal la fuerza de sus mandatos que la mujer se incorporó de un salto, como si no tuviera nada. La hizo bajar de la cama y le pasó la botella, se la hizo tomar completa y después le dio un golpe en la espalda que le provocó un eructo a la vieja por el que salió la mitad de su vida. El viejo estaba atónito y muerto de miedo. Anita, así transformada, se reía a carcajadas y no paraba de darle golpes en la espalda. Con cada golpe lo empujaba hacia el balcón y cuando lo tuvo a medio metro de la baranda se le fue encima escupiéndolo, pero el viejo reaccionó y la esquivó, de manera que fue Anita la que quedó con más de medio cuerpo colgando del balcón, a 10 pisos de altura. Fue tal la puteada que lanzó que el viejo no se animó a empujarla del todo.

Así fue que Anita volvió, a duras penas, a pararse dentro del balcón. El susto la había vuelto en sí. El corazón le iba a salir por los brazos, no podía abrir la puerta para entrar al departamento de tanto que le temblaban las manos. El viejo, que ya había entrado, había

agarrado una estatuilla grande y la blandía amenazando golpearla si ella se le iba encima de nuevo. Anitaentró, pero el hombre se dio cuenta que ya no era la misma. Dejó la estatuilla en el piso, entre Anita y ellos dos y ahí fue cuando ella la vio: esa era la culpable de todo lo que había pasado, ese viejo mal nacido era hijo de ese *eyú*, por eso le salían tan bien las macanas que hacía, el *eyú* lo protegía. Y ese *eyú* era el que había incorporado Anita con sus pases ingenuos en la casa del viejo. Hacía años que nadie lo invocaba, todos sabían que era peligroso y ladino, que no respetaba pactos ni acuerdos, que traicionaba incluso al que le prestaba su cuerpo. Igual que el viejo, já, no era casualidad que fuera su ahijado. Incluso a él lo había querido matar, ese *eyú* era un peligro. Ser su hijo o ahijado era lo más peligroso que había, nunca sabías cuándo te iba a ayudar o cuándo te iba a destruir. Si ella sabía que estaba en esa casa hubiera salido corriendo, jamás se hubiera arriesgado así.

La vieja tenía buen aspecto. La tuvieron que sacar al balcón para que se le pasara la borrachera y ahora tenía la cara rosada y estaba animada. La que estaba pálida era Anita; sabía que ahora el *eyú* la perseguiría y que no iba a volver a estar segura hasta que hiciera un "candado" para él. Para eso tenía que llevarse la estatuilla a la casa. Le dijo al viejo que no quería la casa nueva, que en cambio solo quería esa estatuilla y que él, de paso, iba a sacarse un peso de encima porque el *eyú* no lo seguiría más. El viejo ya había hecho mucho dinero y estaba confiado en que la habilidad le pertenecía, sin necesidad de recurrir a la protección de ese desgraciado, así que aceptó; y Anita se llevó la imagen.

Volvió a su casa e invocó a todos los demás dioses para que lo encerraran en esa estatuilla y no le permi-

tieran salir más. Después la envolvió en trapos viejos, para que el *eyú* se sintiera un pordiosero y se debilitara cada día, y la escondió en un cajón.

Pero ahora la María Teresa la estaba haciendo dudar, esos tres chiquitos solos, y sin padre aunque sea para cuidarlos... María Teresa le decía que ya tenía todo perdido y que estaba dispuesta a cualquier cosa. Anita se decidió. Fue a buscar la imagen y se la trajo a la María Teresa. Le dijo que se la llevara a su casa y que allá la descubriera y le rezara, que enseguida iba a aparecer, y que arreglara con él, que ella no quería saber nada. Y que después la guardara ella nomás.

Al tiempo se supo la noticia en el barrio: el viejo sindicalista se había casado con la María Teresa, después de seis años de viudez, y habían vuelto a vivir a la casa del barrio. La María Teresa estaba totalmente curada y estaba manejando los negocios del viejo que ya estaba medio lelo.

Todo el mundo la felicitaba a la Anita que había hecho tan buen trabajo con esa mujer que tenía cáncer y la fama de la "mejor médica" de la zona se extendía hasta otras provincias.

Pero Anita sabía que eso no iba a durar mucho y que el malnacido nunca había vuelto a la imagen. Feas épocas les esperaban a los dos...

COMPUERTAS

Le dio por fin el último beso, se acomodó la ropa y arrancó el Torino blanco que su papá le había comprado hacía unos meses, como un premio barato a su título secundario. Era como ir montado en el caballo del Llanero Solitario, esa vieja serie que seguía viendo su tío.

Ella se bajó la remera, suspiró y se quedó mirándolo: era muy, demasiado, insoportablemente lindo.

Puso primera y aceleró. Al dar la vuelta para tomar la ruta sacó la cabeza por la ventanilla y gritó un sapucay que erizó los pinos del monte. Estaba a gusto con ella, estaba contento.

Siguieron sin hablar el resto del viaje. Cuando llegaron, él la despidió con otro beso y ella se bajó del auto. Volverían a verse recién cuando viniera de nuevo de Corrientes, donde estaba estudiando Agronomía. Ella lo vio doblar la esquina y la invadió la tristeza.

No le gustaba que se fuera, sentía que se había quedado con tantas cosas para decirle... Casi nunca hablaban y cuando estaban juntos ella tampoco sabía qué era lo que le quería decir. Pero cuando se iba se le

aparecían todas las ideas juntas. Que lo extrañaba y que él era muy importante para ella y que le gustaba mucho y que se moría de vergüenza y era incapaz de decirle todo eso. No era su primer novio, pero sí era el primero con quien sentía cosas de mujer. Y él se las hacía sentir. Cómo la besaba y ese perfume mezclado con olor a campo y a caballos porque siempre tenía algo en el auto que estaba llevando o trayendo de la casa de su abuelo que vivía a mitad de camino entre Corrientes y Posadas.

La siguiente vez que vino fueron a bailar y cuando llegó la parte de los lentos fue como estar encantada por un hada. Eso era lo más lindo del mundo. El único problema era que se sentía tan tonta, en ese estado era incapaz de hablar de nada y apenas podía contestarle las cosas que él le decía porque al mirarlo se le entorpecía la lengua y las ideas se le escapaban irrecuperablemente. Eso la ponía muy incómoda y hasta de mal humor, tanto que a veces él creía que estaba enojada.

Era muy difícil. Estar con él era el paraíso y el infierno a la vez. Había momentos en que deseaba que se fuera para poder descansar de sí misma un rato.

Eso había pasado esa noche en el boliche. Él terminó llevándola a la casa y se habían peleado. Ella había llorado toda la noche y la siguiente hasta que después la fue ganando una apatía que al menos era más calma, y cuando ya casi había recuperado su anterior equilibrio, él apareció de nuevo para invirtarla a ir al campo de su abuelo.

Por supuesto que ella aceptó, ¿qué otra cosa podía hacer? Le mintió a la madre que iba a lo de una amiga y se subió al Torino. No hablaron de la pelea, ya no se acordaban, estaban contentos de volver a verse. Aunque también estaban nerviosos. En la ruta, el atardecer de frente era un regalo mágico para su reconciliación y

viajaron escuchando música suave y hablando de vez en cuando de casi nada.

Llegaron y la abuela estaba sentada en la galería de la vieja casa. Él la presentó y ella se sintió de pronto muy importante para él.

Tenía que llevar algo con el tractor hasta el lugar donde el abuelo estaba plantando, así que se subieron los dos y partieron por un trillo. A mitad de camino él le ofreció el tractor para que lo manejara y ella se sentó en la banqueta de hierro. Después de un par de instrucciones salió manejando como si siempre lo hubiera hecho. Él la miraba desde el costado hasta que no aguantó más. Apagó el motor y se bajó de un salto, la alzó de la cintura y la bajó hasta el suelo mientras la llenaba de besos y de caricias.

Ella nunca había hecho eso todavía, aunque ya le habían dicho que estaba grande y sabía que todas sus amigas ya habían pasado por ahí. Pero a ella le daba miedo, y no era de las que hablaban de cosas tan privadas con nadie. Eran ella y sus sensaciones, sola.

En el fondo sentía que ya había tomado una decisión, y la había tomado una tarde en que se acostó a dormir la siesta y al rato se despertó sudando y con un jadeo inexplicable. Sólo recordaba partes de un sueño donde el protagonista era él. En ese momento no supo exactamente qué le pasaba, pero estaba segura que tenía que ver con esa parte del encuentro que ella nunca se había permitido.

Esa tarde en el campo no iba a hacer más esfuerzos por controlarse, iba a dejar que le pasara lo que fuera. Si al menos él le dijera qué tenía que hacer...

En un momento él se detuvo, volvió a subir al tractor y le tendió la mano. Llegaron hasta donde el abuelo estaba trabajando, hablaron un momento y volvieron a la casa. Ya casi era de noche y ella tenía que vol-

ver. La abuela dijo que él tenía que quedarse porque al otro día quería que la llevara a la ciudad, entonces él la llevó en el Torino a esperar el colectivo de regreso a Posadas.

Mientras esperaban en la banquina, él empezó de nuevo a besarla. Ella estaba bastante molesta con eso de volver sola así que no se entusiasmó mucho pero él pareció no advertirlo y siguió hasta llegar a ese límite que ella venía soslayando desde hacía años. Todas las confusiones del mundo estaban alojadas entre su cabeza y su cuerpo en ese momento, y en el medio justo de la bronca, la vergüenza, la angustia y el miedo, él empujó su adolescencia hacia el pasado.

Después de un momento, volvió tranquilamente a su asiento mientras se subía los pantalones y ella quiso que la tragara la tierra. Salió del auto furiosa, aunque su rabia no tenía que ver con él, era con el mundo, con la vida. Tanto tiempo esperando que sucediera ¿eso? No era nada, era una estupidez, intrascendente y vergonzante.

Terminó de acomodarse la ropa y por suerte ya venía el colectivo. Subió sin despedirse y antes de partir le echó una rápida mirada. Él también estaba preocupado. ¿Qué le estaría pasando? Ahora la distancia era insalvable.

Llegó a su casa y saludó como siempre.

Nadie se dio cuenta que había atravesado una compuerta de hierro, en un Torino blanco.

LA CÁRCEL DE LAS FORMAS

Era una noche fría, y él pateaba la pelota con furia en la canchita del barrio. Si alguien ponía la pierna, se la quebraba, aunque fuera de su equipo.

Es más, casi lo prefería.

Esa manga de viejos gordos que lo buscaban para jugar porque era el único que corría.

Siempre le pasaba lo mismo: los futboleros lo buscaban porque les servía para jugar, las mujeres grandes lo buscaban porque les servía... para lo mismo.

Le pagaban lo que él quisiera. No era que se vendía, no. Sólo salía con ellas y a veces pedía cosas... y ellas se las compraban. Era un gigoló sin saberse tal.

Sabía que era lindo y sensual, aunque no conocía el significado de esa palabra y la confundía con sexual, o calentón, mejor.

Nunca le faltaron mujeres, ni canchas para jugar al fútbol. Es más, habría podido armar varios equipos con las novias que tuvo juntas.

Así también se había metido en cada una, pero los machitos eran así y él se la bancaba.

Terminó el partido y se sacó la camiseta de Boca. Estaba traspirado y agitado. Prendió un cigarrillo. No

quería saber nada de mujeres esa noche, ni mañana, ni la próxima. A lo mejor no quería saber nada de mujeres por un buen tiempo.

Esa última le había dolido mucho. Cuando se separaron él llegó a decirle que esperaba que no le afectara "la cabeza", aunque en realidad había querido decir "que no se me pare". Y ahora parecía que eso había pasado. En realidad ni tenía ganas de intentarlo.

Había quedado desconcertado y no encontraba consuelo en sus actividades diarias. Estaba ocupado todo el día, sí. Con eso evitaba marcar su número. Pero ya nada era lo mismo.

Si sólo jugaba al fútbol para ver si algún boludo quería pelear con él.

La cabeza no paraba, saltaba de escena en escena y repasaba -una y otra vez- los últimos meses.

Habían sucedido como en un sueño.

Ese encuentro casual y magnético que él había decodificado como un desafío: esta mujer va a ser mía. Una instancia más de su vida de seductor. No tenía límites, llevaba a la cama a quien se lo propusiera.

Y efectivamente, a esta también se la llevó.

O... ¿fue ella quien se lo llevó a él? No sabía de sutilezas, no había diferencias, esas eran boludeces. Lo cierto es que él se acostó con la mina.

Siempre es así, las minas no quieren y él debe ganárselas. Si lo consigue él gana, si no, pierde. Y viceversa para la mujer.

Aunque algo era diferente esa vez. A la mina le gustaba y no parecía perder nada por acostarse con él, al contrario. Era raro, pero a él le gustaba igual.

Al diablo con los detalles, se dejó llevar por el desafío que ella representaba. Se mandó con todo y la fue consiguiendo. La buscaba y se le entregaba por completo, estaba decidido a conseguir que no lo echara de

su cama, al contrario, que le pidiera que se quedara.

Ella hablaba raro, se hacía la difícil. El no entendía nada, pero por ahí se prendía de una palabra y creía comprender lo que decía, y pensaba “para qué habla tan difícil si lo puede decir así nomás y listo”.

Las palabras no eran muy importantes para él. Conocía pocas y casi todas tenían el mismo significado. En su mundo no necesitaba perfilar la vida, allí todo era más contundente: o te daban la mano o te ponían una piña. Y listo.

Así habían sido su casa, su madre, su padre; ahora eran así sus amigos y sus enemigos y los vecinos. Él definía su entorno: “así somos los pobres” y englobaba un significado sin explicaciones que daba por sentado. No tenía por qué explicarlo, todo el mundo sabía lo que quería decir “soy pobre”. Tampoco habría podido; cuando uno conoce una sola cosa no sabe definirla, no lo necesita. El mundo entero es solo eso.

Se encontraban todos los días y cada vez con más ganas. Era emocionante, la mina estaba cada vez más enganchada y también lo buscaba. Estaba saliéndose con la suya. Como siempre, bah, sabía que ganaría.

Él había hecho algunas concesiones también, por el desafío, claro. Dejaba de ir a jugar al fútbol los fines de semana para quedarse con ella. Y durante esos largos días a veces comprendía cosas que nunca había pensado. Era un placer estar con ella, no solo hacer el amor, sino estar.

Quién lo hubiera dicho, él nunca se había puesto a pensar esas cosas, pero ahora veía un mundo de detalles que se le habían pasado. ¡A él, que siempre estaba alerta! Pero estas eran cosas distintas, no eran como una piña. Era como despertarse de un sueño pegajoso.

Ella apostaba cada vez más fuerte y él no podía y no quería quedarse atrás. Le salía el compadrito, aun-

que en el camino la imagen se le pinchaba porque no terminaba como había imaginado. Él no era el dueño de la situación. Sentía que ella lo manejaba y eso le daba pavor. Algunas veces se había enojado y se lo había dicho.

Como esa vez que ella lo llamó y le pidió que tardara una hora más en ir a su casa porque estaba con gente. Y después cuando llegó le contó que quien había estado era su novio anterior con quien seguía teniendo una relación afectiva y amistosa.

Se puso verde, se indignó y le aseguró que ella no iba a hacer con él lo que quisiera. Y que si él no quería ella no podía verse más con su ex novio.

Ahora ya no se acuerda bien por qué se sintió una porquería tan grande cuando terminaron de hablar, pero ella le dijo algo así como que ya estaba grande y que antes que él llegara a su vida había tenido muchas relaciones y establecido muchos afectos, y que no iba a deshacerlos porque él se ponía celoso. Y que ahora estaba con él porque era lo que quería, y como no tenía compromisos iba a hacer exactamente lo que quisiera. Si él confiaba en ella podía quedarse y si no era mejor que se fuera ahora, antes de que la relación fuera más profunda y la partida más difícil.

Y él se había quedado.

La torta se dio vuelta sin que él se diera cuenta. Creía estar ganándola y en realidad ella lo estaba ganando a él. Cada vez estaba más metido. ¿Cómo hacía para ponerlo en esa situación? Y era tan clara y directa, la sentía tan cerca que podía involucrarse con su afecto. Sabía que era cierto, ella lo estaba queriendo. Y él también a ella.

Las noches con ella eran interminables, se dormían de cansancio y cuando se despertaban volvían a hacer el amor. En vez de agotarse, estaban cada vez más ca-

lientes, podría decirse que más enamorados. Sí, porque empezaron a decirse cosas hermosas, delicadezas, palabras tiernas, palabras de fuego, ideas poéticas. En la cama los sentimientos eran fuerzas vitales y dulces, como el aroma de una comida recién preparada. Aromas que quedan en la memoria, irrepetibles.

Pero cuando salían de la cama la magia iba decayendo y -tal como sucede al dar el primer bocado- toda expectativa confluía en un gusto trivial y cotidiano, y desembocaban en la certeza de que juntos no iban a ninguna parte.

Habían intentado varias veces: fueron a la casa de sus amigos y a bailar. Fueron a ver una película y a reuniones con conocidos de ella. Pero en cada lugar, el otro se sentía desubicado, enojado y aburrido.

Sólo eran compatibles en la cama. ¡Y cómo!

Así que después de pensarlo y pensarlo, él había llegado esa tarde a la casa de ella con la decisión tomada: había que cortar. No se bancaba más no poder ser como siempre había sido. Ella lo había cambiado, estaba aturdido. Ya no podía ver la vida como antes. Y aunque no podía negar que había descubierto un mundo desconocido, no soportaba no poder abarcarla, manejarla, decidir con quién hablaba y con quién se reía.

Ella no se opuso, al contrario, le dijo que siempre lo estaba pensando y que encontraba pocas razones para seguir con la relación, excepto la cama, que para ella no era poco (siempre le había costado tanto encontrar un compañero del cuerpo). Pero que a esa altura de su vida no quería engancharse sólo con eso porque tenía planes y expectativas de hacer muchas cosas todavía y que él evidentemente no la iba a poder acompañar en esos proyectos.

Así que se separaron y fueron dejando que esa flor que había crecido en sus vientres se secara a lo largo de los días.

Por eso él patea fuerte la pelota y busca pelea.

Y ella consigue éxitos laborales y avanza en sus proyectos. Y sigue sola por las noches.

PAÑALES

El problema es dónde dejan la basura las vecinas que tienen bebés.

¿Por qué particularmente las que tienen bebés? Porque sus bolsas de basura contienen pañales usados, y -por asqueroso que suene- no dejan de ser los bocados preferidos de los perros del barrio.

Y lo peor de todo es que no solo les gustan a los perros callejeros, esos sucios y enfermos animales sin casa que deambulan todo el día y que se pueden patear con poco cargo de conciencia; sino que nuestras propias mascotas, los queridos perros y perras que habitan nuestras casas, también abrevan en esa inmundicia.

Escenas de amas de casa, bolsita en mano, recogiendo los despedazados restos de lo que otrora fue "la mejor caricia para tu bebé" (no para el de ellas porque, vale aclarar, quienes juntan los pedazos no tienen bebés), pueden observarse varias veces en un mismo día en mi barrio. Y las expresiones de estas mujeres han desbordado varias veces también el límite de la amabilidad social: ya sea puteando en voz alta (en voz

bien alta) “a ver si la vecina escucha de una vez por todas y levanta su basura de mierda” (valga la redundancia), ya sea devolviendo la basura a sus dueños, lo que implica volver a tirarla del otro lado del muro para que la junte quien la produce, etc.

Estas tensiones repercuten después, obviamente, en las relaciones vecinales. Por ejemplo cuando la vecina que acaba de tirar los pedazos de pañales en la vereda contigua, se da cuenta que ya es la hora de llevar a su hija al cumpleaños de la nenita de al lado, precisamente una de las productoras de esos despojos que a diario decoran su patio. Al momento de llegar al festejo se le cruzan cientos de ideas, por ejemplo aprovechar la ocasión para reiterarle a la madre que por favor tenga a bien ¡¡¡¡¡LEVANTAR SU BASURA PARA QUE LOS PERROS NO LA ROMPAN EN MI PATIO, PORQUE LOS PERROS NO ENTIENDEN QUE NO LA DEBEN ROMPER Y ELLA SÍ PUEDE ENTENDER QUE LA TIENE QUE LEVANTAR!!!!!!

No, eso puede sonar muy agresivo.

Sería mejor sacar el tema -como quien no quiere la cosa- tipo cuando ya sea la hora de la torta -y ofrecer instalarle un canastito atado al árbol que le quede más cerca del baño (o de donde mierda sea que le cambie los pañales a la nena)- para que no tenga que caminar mucho. Con este frío...

Y de paso si está la otra mamá, la de ese bebé de cuatro meses que promete dos años más de infortunio vecinal, matar dos pájaros de un tiro.

Pero no, la anfitriona está hablando con seis mujeres a la vez, cuidando que los chicos no metan los dedos en la torta, dándoles globos a los que ya los reventaron, tratando de encontrar una aguja para pinchar la piñata (porque con el encendedor se desinfla y no explota) y algunas cositas más. Así es que la “vecina jun-

tapañales” decide que no es buen momento para plantear el tema y que es preferible dejarlo para mejor oportunidad.

El caso es que ya van como seis meses de oportunidades desaprovechadas, propuestas que cayeron en saco roto y muchas juntadas de porquerías, con la esperanza de que a ellas también les moleste el desastre en sus patios y tomen medidas.

Cabe mencionar en este punto que es precisamente el perro de esta vecina, el simpático y negro Simón, quien acarrea los hermosos trofeos desde las bolsas correspondientes hasta el pretendidamente cuidado césped de su propiedad; y que el animal lo hace con sumo orgullo y gallardía, mostrándolo en medio de una gran alegría cuando la vecina llega del trabajo.

También corresponde dejar sentado que la primera medida que tomó la mujer fue tratar de educar a su mascota en la convicción de que si a un perro se le hace oler lo que trajo y se le pega en el hocico, el animal nunca más vuelve a tocar eso que le causó tan mal momento.

En Simón la regla no funcionó.

La segunda medida adoptada fue la de tratar que el can permaneciera encerrado en los límites del terreno de su casa. El precario alambrado del frente, sostenido pintorescamente con tacuaras de la zona, no fue gran obstáculo para el animal que enseguida abrió un agujero perfectamente a su medida, rompiendo -ante todo- la estética selvática de la casa.

La tercera y última medida que tomó antes de enojarse con sus vecinas fue atar al perro. Lo soltaba a la noche y lo volvía a atar a la mañana. Durante varios meses toleró como pudo la mirada acusadora del excelente guardián, que en varias oportunidades le había dado muestras de valor y garra frente a desconoci-

dos que pretendieron entrar a su casa sin permiso; hasta que un día lo soltó y no lo ató más.

Finalmente llegó a la conclusión que no era al perro a quien había que educar, sino a las vecinas. Y decidió que, si a los demás habitantes del barrio no les molestaba tener que juntar todos los días las mismas porquerías, ella iba a tomar el toro por las astas e iba a buscar la forma de terminar con el problema.

Así es que optó por la alternativa de instalarles un canastito a cada una (tal como ya se los propuso, y aceptaron) una tarde de estas, cuando tenga tiempo, después de hacer la tarea con su hija, terminar esas notas del trabajo y hacer el proyecto para la Facultad...

Mientras tanto, y como los chicos están jugando afuera, va a juntar rapidito esos pedazos de algodón que quedaron desparramados en el pasto porque es un asco si los pisan.

DE PERROS E HIJOS

El cocker corrió hacia ella como si lo hubiera abandonado meses atrás. De un salto estuvo a upa y jamás paró de darle lengüetazos en una ceremonia de recibimiento que se repetía indefectiblemente todos los días a las 5 de la tarde, cuando Rita llegaba a casa.

Su guardapolvo iba a tener que pasar nuevamente por el lavarropas; el perro se lo había vuelto a embarrar. Preparó té con leche para dos y se sentó a la mesa. Sobre el mantel colocó la manteca y comenzó a cortar el pan, rompió pedacitos y los puso adentro del otro tazón. Untó las demás rodajas con manteca y lo llamó: ¡¡¡Ritchie!!! Vení a merendar...

En un segundo el cocker estuvo en la silla mirando a su dueña. Rita le hizo una seña y el perro metió el hocico en la taza de té con leche y comenzó a comer los panecitos primero, hasta que después se tomó el té. Rita lo mimaba y conversaba con él mientras tomaba de su taza.

El perro terminó antes y se quedó esperando que le diera los demás panes que estaban sobre la mesa, untados con manteca. Rita sonrió y se los cedió con

una caricia que Ritchie correspondió con una lamida llena de té con leche y manteca. En eso sonó la bocina del auto en el portón:

—¡Vamos, que ahí llega papá! —dijo, y los dos salieron a recibirlo.

Juanjo trabajaba todo el día en una empresa industrial y ya era gerente de personal. Se desenvolvía muy bien, era muy locuaz, diplomático, tenía una amplia cultura general y ese acento foráneo que lo ayudaban a la hora de promocionarse con sus jefes. Había ascendido bastante en poco tiempo y ya había podido comprar un auto.

Estudiaba administración de empresas, quería superarse y llegar a ser un gran ejecutivo; sentía que se lo merecía.

Se había casado con Rita hacía tres años, apenas la conoció, cuando recién había llegado a la provincia. Ella no entendía mucho sus planteos, y si argumentaban en razón de una diferencia de conceptos, él daba por terminada la discusión cuando se cansaba porque era imposible que ella le siguiera el pensamiento. Se perdía, decía cualquier cosa que nada tenía que ver, y después -encima- se enojaba porque él no la escuchaba o no le importaba lo que ella decía. ¡Como si fuera posible tomarla en serio! Pero Rita era tan dulce, ese cabello rubio y largo que le llegaba hasta esa cola prominente y hermosa, ¡que era prácticamente un monumento!

Él estaba enamorado; a pesar de sus limitaciones ella era tan dulce y tan dócil...

Rita se le colgó del cuello y así caminaron hasta adentro mientras Ritchie festejaba a su manera con la misma intensidad, mordiéndole las botamangas del

pantalón y desatándole los cordones. Con esfuerzo y cara de felicidad, Juanjo llegó hasta la mesa y se sentó. Rita le preparó otro tazón de té con leche y él volvió a llamar a Ritchie, quien no dudó un segundo en sentarse a la mesa para merendar como si no lo hubiera hecho antes.

Rita le relató su día mientras Juanjo le contaba el suyo, besos y abrazos de por medio entre los tres. Finalmente, Rita le contó que había estado la mamá de Julián a buscarlo en el jardín, y que había ido con su bebé nuevo, y que ella se lo pidió y la señora se lo prestó un ratito para que lo tuviera alzado, y que qué lindo había sido tenerlo en brazos. Y Juanjo dio por terminada la conversación y se fue al dormitorio a mirar televisión.

Desde que el examen había dado por finalizada la expectativa de fertilidad de Juanjo, el tema hijos era tabú en la casa. Durante mucho tiempo pensaron que era mala suerte, después lo adjudicaron al estrés, finalmente se hicieron los análisis y resultó que él era estéril.

Juanjo decidió que su masculinidad no se iba a ver afectada por ese impedimento, y que era suficientemente hombre como para que Rita siguiera enamorada de él aunque no pudiera darle un hijo.

Así se lo comunicó y descontó su adhesión. Siempre era así: él decodificaba, pensaba, digería las ideas y emitía conclusiones que -por lejos- eran mucho más apropiadas que las que podía acuñar Rita. Ella era tan precaria a la hora de elaborar ideas...

Y Rita había consentido y en verdad opinaba que él tenía razón, como siempre. Era obvio que él pensaba mejor que ella. Rita se sentía capaz de dar mucho cariño, con los chicos en el jardín era una gran mamá, todos la querían; pero cuando había que discutir, ana-

lizar, opinar, a ella se le confundían todas las cosas y terminaba diciendo pavadas.

Y bueno, había avanzado demasiado ya: salir de la chacra donde lo único que le esperaba era mezclarse con las mandiocas, las gallinas y los chanchos; y estar viviendo en la ciudad donde se bañaba bajo una ducha y nunca pisaba barro, ¡¡¡y además con un marido que andaba siempre de traje y corbata!!! Eso era mucho más de lo que alguna vez había imaginado, ¡no podía haber tenido tanta suerte!

Otra vez ese hombre la esperaba en la esquina. Hacía meses que la merodeaba. Ella sabía que estaba separado de la mujer porque la nena se lo había dicho: “mi mamá se fue con un señor a vivir a otra ciudad. Mi mamá me quiere mucho, pero no tiene lugar en su casa para llevarme”.

Cada vez que venía a buscar a su hija al jardín le buscaba charla y ofrecía llevarla. Ella no aceptaba, aunque no podía negar que se regodeaba un poco con esa situación.

Hacía casi un año que por lo menos una vez por semana él se acercaba y le decía algo lindo o le regalaba una flor, o un caramelo, o algo. La verdad era que a Rita no le gustaba mucho, era gordo y medio pelado; pero la atendía de una manera tan linda y, además, evidentemente podía tener hijos.

Juanjo había cerrado toda posibilidad, directamente no se podía hablar con él del tema, ni siquiera para pensar en la odiosa idea de adoptar, que a ella no le gustaba nada porque quería estar embarazada, tocarse la panza, sentir que el bebé se movía adentro, qué sé yo, esas cosas... Pero no, cualquier referencia al tema

ponía en peligro la pareja y a Rita le daba un susto terrible que él la dejara o que tuvieran que separarse.

De todas formas, el médico había dejado abierta una posibilidad: “cada caso es particular, y las funciones del ser humano están en constante cambio. Por ahí, en algún momento, se podría producir un cambio hormonal y su situación podía cambiar”. Rita se aferraba a esa idea como única tabla de salvación.

Aunque desde hacía unos días, otra idea le había entrado como un virus en la cabeza y cada vez se le hacía más fuerte, aunque era muy loca... y peligrosa.

Habían hecho el amor como nunca, Juanjo estaba realmente enamorado de ella y eso a Rita le significaba la vida; iba a hacer cualquier cosa para mantenerlo así, para que no la dejara nunca.

Se levantó y se vistió para ir al jardín. Juanjo entraba más tarde así que se quedaba a dormir la siesta un rato más y ella se iba en colectivo, así él descansaba porque se levantaba tan temprano y se acostaba tan tarde cuando tenía clases en la Facultad, que andaba siempre agotado.

No se podía sacar esa idea de la cabeza y cada vez le parecía más posible. Una sola vez, calculando las fechas para que fuera en sus días fértiles, como ahora, y después no lo vería más. Juanjo ni siquiera se iba a dar cuenta.

A la salida, otra vez estaba el gordo afuera, esperándola con la excusa de hablar sobre la nena que andaba medio agresiva con él y no entendía por qué. La invitó a tomar una Coca en un bar para conversar sobre la situación de su hija y para que lo aconsejara respecto a qué hacer con ella. Primero dejarían a la chiquita en la casa de la abuela.

Ella aceptó. Hoy Juanjo volvía cerca de las 11 de la noche porque tenía clases.

En el bar hablaron cinco minutos de la nena y el gordo empezó a decirle cuánto le gustaba ella y que estaba remetejoneado, y que no se la podía sacar de la cabeza y que a ver cuándo le daba una oportunidad de conocerlo mejor.

Rita se jugó. —“Ahora”, —le dijo—, y el gordo casi se cae de la silla. Pagó, le alcanzó el saco, la agarró de la mano y se subieron al auto. No importaba el telo, el que estuviera más cerca estaba bien. Alcanzó una hora y media, casi no hablaron. El gordo primero puso reparos pero Rita le aseguró que ella tenía una espiral y no había ningún riesgo, y él no dudó, ella lo calentaba lo suficiente como para tener que hacer el esfuerzo de sacarla en el mejor momento.

Fue difícil levantarlo, después de dos o tres veces (ella no se acordaba bien) el gordo estaba desinflado, pero el argumento de que tenía que llegar antes a casa para que no se enterara el marido lo convenció enseguida.

Rita le pidió que la dejara a tres o cuatro cuadras para que no la vieran los vecinos, así tampoco él sabría dónde vivía, y se saludaron sin mucho entusiasmo. No quedaron en volver a verse, solo fue chau, y listo.

Rita pegó un salto en la cama y Juanjo se despertó.

—¿Qué te pasó?

—¡Se movió!, ¡el bebé se movió! ¡Tocame la panza, parece un pescadito!

Juanjo le tocó la panza y era cierto, se movía. Qué sensación extraña, le parecía tan ajeno todo eso, aunque era lógico, él se había hecho a la idea de que nunca iba a tener un hijo y ahora no sabía cómo procesar eso que había pasado. Y Rita estaba tan contenta, era real-

mente feliz. Pero, tanto tiempo de descartar la idea de ser padre, de acostumbrarse a que eso no era para él y que tenía que desarrollar otros proyectos porque el de la familia llena de hijos no iba a ser posible nunca... Se sentía desencajado, no sabía si estaba contento o no, si quería eso para él o prefería que nunca hubiera pasado, como indicaba el análisis. Pero bueno, el médico había dicho que existía una posibilidad, que siempre existía una posibilidad. Pero por qué a él, si ya se había resignado hace rato; es más, nunca tuvo en realidad el afán de ser padre, de tener un hijo; era Rita la que quería, pero él -la verdad- no. Estaba bien así, con sus cosas, sus proyectos, sus logros, tenía un futuro de gerente seguro en la empresa y cuando se recibiera quién lo iba a desbancar, si sus compañeros eran gente sin ambiciones, quedados, él los sobrepasaba sin esfuerzo. Eso era su vida, esto del hijo en realidad se la venía a complicar. Pero, bueno, era una bendición que hubiera ocurrido y tenía que estar contento.

Rita pidió licencia enseguida en el jardín. De todos modos el gordo no había aparecido más y ahora la abuela buscaba a la nena. Mejor, mucho mejor. Todo había salido como lo había pensado y dentro de unos años ni ella se acordaría cómo había sido concebido el hijo de Juanjo y ella. Al fin y al cabo eso no era lo importante, si ella lo había tenido para criarlo con su marido, que era el amor de su vida, que era su vida. Ahora sí no le faltaba nada, iban a ser tan felices los tres, iba a malcriar ese bebé hasta que no pudiera más.

Juanjo todavía no parecía muy contento, pero ya se iba a enganchar cuando tuviera el bebé en brazos. Había sido un *shock* para él, no lo pudo creer ni siquiera cuando lo vio en la ecografía, pero bueno, era lógico.

La panza crecía rápido y Juanjo estaba cada vez más distante. Ella se pasaba sola casi todo el día en la casa porque él tenía mucho trabajo y estaba cursando muchas materias. Y los fines de semana tenía que estudiar. Pero eso ya iba a cambiar cuando el bebé estuviera en casa.

Ella fue preparando el moisés y la ropita, el bolso para el sanatorio y el aceite, el jabón, el talco, las toallitas, los pañales; a ese bebé no le iba a faltar nada. Guardaba todo en el ropero y había ocupado tanto lugar que Juanjo decidió usar la otra mitad y trasladó su ropa, porque le molestaba que estuviera todo mezclado con las cosas del bebé, no podía encontrar nada cuando estaba apurado para ir al trabajo.

Con respecto al nombre ya le había dicho que decidiera ella, él iba a estar de acuerdo. A ver si se arreglaba sola por lo menos con eso, él no podía decidir todo, hacerse cargo de todo. Aunque ahora había algo que él no había podido controlar, que ella hacía sola, que se le escapaba de las manos, y que lo exasperaba.

Una cola de polacos lo besaban y lo felicitaban, arrugándole toda la camisa y ensuciándolo con sus uñas llenas de tierra. Rita había avisado a todos sus parientes la fecha de la cesárea y no faltó ninguno. Se quedaron toda la tarde y después se fueron porque perdían el colectivo para volver a la chacra.

Juanjo se quedó solo con Rita y el bebé en la habitación. Rita dormía por efecto de la anestesia y los calmantes, y el bebé se chupaba el dedo en la cuna. Era muy feo, gordo y medio rubio. A él no le daban ganas de alzarlo, no le daban ganas ni de mirarlo. ¿Algún día lo podría querer? Evidentemente eso de ser padre no era para él, había sido un error -no una bendición- que esa vez sí pudiera.

Salió a dar una vuelta, volvería cuando Rita se despertara. Mientras tanto, que las enfermeras se encargaran del bebé.

Anduvo girando y girando por la ciudad, rumiando toda clase de pensamientos, hasta que uno se le instaló en la cabeza. Pero no, no era posible, era una locura... Rita no se animaría nunca a una cosa así.

Volvió a la clínica y se sentó a esperar que Rita se despertara.

¡Era la última vez que lo intentaba, si no él se lo perdería! El bebé ya tenía tres meses y él nunca lo había alzado, con la excusa de que le daba miedo lastimarlo, que se le podía caer, que le daba impresión; nunca lo tocaba siquiera.

Al final, pasaba el tiempo y Rita se iba dando cuenta que no era como había pensado; Juanjo no se enganchara con el bebé y era ella era la única que lo atendía, era como si lo hubiera tenido sola. Además, la relación con él no había vuelto a ser igual, ya no la mimaba y no la atendía como antes, andaba indiferente y vivía fuera de casa.

Aunque ella se olvidaba de todas esas cosas cuando tenía el bebé en brazos, que ya estaba gordo y rosado... y muy parecido al verdadero padre.

La discusión se le había ido de las manos y ella no paraba de reclamar. Al final, al hijo lo criaba ella sola y así era como si el chico no tuviera padre, y el argumento de que él se hacía cargo de todos los gastos la violentaba más todavía. ¿Él creía que eso era ser padre? Él no tenía idea de lo que era ser padre porque en realidad no lo era.

¿Que qué había querido decir con eso? Nada, que él no se hacía cargo como un verdadero padre. ¿Cómo

que él no era el padre? ¿Y quién si no? Claro que era el padre, si ella quería que él fuera el padre, eso era lo único que importaba, qué importaba el resto. No sabía ni quién era, ni se acordaba de él, no sabía ni el nombre, no existía. Solo existía ese bebé precioso por el que ella hubiera muerto de ser necesario. Era lo único que le importaba ahora también, sí, incluso más que él. No, no era que él no le importaba, sino que el bebé le importaba más, distinto, pero más. Si él fuera padre lo comprendería, sentiría lo mismo. Pero él no había nacido para eso, qué lástima.

Cuando el auto salió del garaje y escuchó el portón, paró de llorar. No tenía sentido, no iba a cambiar las cosas. Ella seguiría criando ese hijo de cualquier manera, viviendo para él. Sola con él. Lo de la familia había sido un sueño imposible. Sabía que Juanjo no iba a volver. Se había equivocado, sí, pero no se arrepentía. Tanto como a su marido quería ese hijo, y si las cosas habían salido así, bueno, era lo que le tocaba. Ya sabía ella que todo no podía ser tan fantástico.

Un marido con traje y corbata, decididamente, no era para ella.

Es verano y los dos disfrutan de la pileta del club. El chico tiene como nueve años pero parecen más, es muy gordo y malcriado. Rita también está más gorda. Lee un libro bajo una sombrilla, pero se interrumpe a cada rato para atender los reclamos de su hijo.

No habla con nadie, está sola.

LA VOZ DEL ALMA

Su voz resonó profunda y densa en ese bar ruidoso. Ella tenía una de esas voces que se revuelcan en las profundidades del alma y cuando salen están impregnadas de entraña. Su voz era como ella. Imposible no entregarse al recorrido emocional en el que se sumergía.

Jorge buscaba argumentos para estar a la altura de los acontecimientos, pero por más que contaba historias se le caían ante la mirada impiadosa de esa especie de bruja que quién sabe cómo, vino a parar a la silla de enfrente.

Él era un muchacho simple y sencillo, sin complicaciones, que hacía lo que estaba bien y no tenía dudas al respecto, porque lo que era bueno, era bueno y lo malo, malo. Y punto. Estudiaba en la Facultad y trabajaba en el Ministerio. Los fines de semana, el *remise* de su papá le permitía ganarse la noche de sábado en el bar, aunque hacía esfuerzos cuando tocaba un buen grupo. Cuando había *rock and roll* era una fiesta, se encontraba con los vagos y se tomaban todo. Adentro estaba todo bien: música, onda, descontrol... alucinan-

te. De vez en cuando algún fasito, si venía tranquilo, si no, todo bien. Algunas veces hasta pintaba onda con alguna de las minas, casi todas conocidas porque se encontraban en todos los recitales. El bajón era que la onda pintaba porque estaban de la cabeza igual que él, pero terminaba la fiesta y todos parecían Cenicienta, se rompía el hechizo y salían todos despedidos, corriendo como ratones porque si los agarraba la luz del día era una tragedia, y la depresión irrecuperable. Siempre terminaba así, esa era la única mierda de las noches... que después venía el día. Pero el sábado siguiente repetía la historia exactamente igual, era la única ruta posible.

Precisamente en una de esas noches la había conocido. O mejor, la había re-conocido.

Llovía a cántaros y una mujer llena de bolsas le hizo señas frente al supermercado. Cuando le dijo la dirección adonde quería ir, algo se le movió en el estómago a Jorge quien enseguida buscó conversación para poder seguir oyendo esa voz que surgía como de los confines del tiempo. Ella le siguió la charla, pero sus intervenciones no eran casuales, parecía conocer el impacto que provocaba al hablar y a cada instante era como si estrechara un vínculo que momentos antes ni siquiera existía. Jorge se sintió atrapado, enganchado, completamente a gusto con esa mujer a quien veía fraccionada y empañada en el espejo retrovisor.

Llegaron a la casa y la lluvia seguía tempestuosa, interponiéndose entre la calle y el hall. Ella pagó y abrió la puerta del auto y Jorge tuvo un arranque de amabilidad que jamás había experimentado.

—Bajate, yo te alcanzo las bolsas —dijo, mientras el agua ya le corría hasta adentro de las botas.

Ella corrió adelante y se paró frente a la puerta de la casa mientras él trataba de no tirar nada al piso. Dejó las bolsas a sus pies y cuando levantó la vista, una sonrisa luminosa le dio las gracias y lo despidió. Jorge volvió a correr hacia el auto y cuando subió y volvió a mirarla, ella ya había entrado y cerraba la puerta. En un instante se le disipó la magia como quien pierde arena entre los dedos. ¡Qué boludo!, pensó mientras sentía los pies helados chapoteando entre las medias. Ahora tendría que volver a casa a cambiarse, por hacerse el langa.

Cuando empezó a salir la luna llena paró de llover, y la noche se fue iluminando de estrellas, como son las noches frías de invierno. Excelente para encerrarse en el bar y tomarse un vino con los amigos. Además esa noche tocaba una banda nueva que recién empezaba a sonar en la ciudad, una banda de *blues*.

Se empilchó bien abrigado y lindo, con ese pullover negro tan confortable y la campera de cuero que todavía tenía ese olor a nuevo y a ropa de calidad. Se había tirado varios meses de laburo en esa campera pero por fin se había dado un gusto, se lo merecía.

Los vagos estaban todos, como siempre, nunca faltaba ninguno. Ya habían pedido un vino tinto y él pidió un vaso apenas llegó a la barra. Lo gastaron por la ropa, ellos de la Topper y el vaquero roto no salían.

El *show* no tardó en empezar y arrancó con un golpe de efecto. Todos a oscuras y un *spot* blanco a contraluz que dibujó la silueta de los músicos mientras sonaba un saxo. Cuando entró la voz, la silueta de una mujer apareció desde atrás, y para cuando el seguidor la iluminó de frente, en el medio del escenario, Jorge ya la había reconocido en su estómago. Claro, ¡con esa voz

tenía que ser cantante!

El *show* fue un *flash*, una especie de viaje a la luna, una cosa indescriptible, no le había pasado nunca. Esa sensación de estar hipnotizado y a la vez pensar que no podía ser tan boludo, que no era para tanto, y que iba a terminar la noche tomando vino con el último de sus amigos mientras el mozo levantaba las mesas rogando que se fueran a dormir.

Pero ninguno de estos pensamientos podía alejarlo más de un segundo de la visión de esa mujer y del encanto que le producía su voz. Era rancia y gruesa, densa, como miel guardada en la heladera.

Bueno, terminó el *show* y el quinto vino corrió entre los muchachos que estaban re-calientes con esa morocha que ¿de dónde había salido? Jorge se sentía raro, no era como las otras noches, estaba medio estúpido y a la vez como que había crecido de golpe; en algún punto se sentía como más adulto, más serio, más grave. Le importaba mucho volver a hablar con esa chica pero jamás se animaría a buscarla, por lo menos no esa noche. Iba a esperar que se le pasara, mejor, y por ahí otro día se volvían a encontrar de casualidad.

Decidió pagar e irse a su casa, la noche ya no era divertida como otras veces. Saludó y fue a la caja.

—Te mojaste mucho —escuchó detrás suyo y pegó un salto. Se le cayó la campera y antes de que pudiera agacharse ella se la levantó pero no se la dio.

—¿Ya te vas?, ¿quierés tomar algo conmigo? —le dijo y Jorge no lo pudo creer. Por supuesto que aceptó pero no se bancó quedarse en el bar, ante la mirada de sus amigos halcones, que ya le hacían señas desde la barra.

—Vamos a un lugar más tranquilo —dijo Jorge tratando de parecer natural.

Así fue como terminaron tratando de hablar en ese otro bar, donde la única diferencia era que había más luz.

¿Por qué esa mujer perdía el tiempo con él? Mientras le contaba una sarta de nimiedades no dejaba de preguntarse eso. Sentía que la aburría terriblemente pero su sonrisa lo acercaba a un lugar que nada tenía que ver con lo que él decía. De a poco se fue dando cuenta que no eran las anécdotas lo que a ella le interesaba, y que él estaba tan asustado que no podía dejar de llenar el espacio con palabras. Trató de tranquilizarse y de seguirla a ese lugar que le proponía, y el tiempo se le fue disipando en términos de reloj, y cuando se dio cuenta estaba otra vez como hipnotizado, navegando en las sensaciones que ella le proponía desde la profundidad de su voz. Definitivamente era la primera vez que él experimentaba esa densidad del momento, no podía saber cuánto tiempo había pasado, solo recordaba qué había sentido, y ahora mismo le parecía ser territorio ocupado por esa maga de los sentimientos.

Hace dos años que están juntos y Jorge nunca deja de acompañarla cuando ella va a cantar. Por nada del mundo se pierde ese acto de magia.

LOS HIJOS DEL ÁRBOL

Se arrió el vestido como si fuera una bandera, para cruzar el charco frente a la casa de él. No sabía si estaría mirándola desde la ventana, pero el solo hecho de pasar cerca le erizaba la piel. Cuando se dio cuenta que sus piernas estaban totalmente al descubierto, se murió de vergüenza y soltó el vestido, que se embarró un poco en los bordes.

Iba a ser imposible que ella pudiera seguir pasando por ese lugar que hasta hace poco tiempo había sido tan suyo. Desde que construyeron las casas del barrio donde se instalaron relocalizados de la Costanera y los laosianos que estaban en el balneario, a ella le cambiaron el paisaje.

Había pasado toda su infancia recorriendo ese camino a la siesta para ir a jugar al árbol. Le había llevado alrededor de seis años conocer cada rama y cada sombra, cada hojita y cada zona de ese enorme ser a quien sentía su amigo y a la vez su segunda casa. Las veces que se había escondido allí de su papá, cuando venía enojado porque no había cortado "ni un pasto" y no había conseguido un peso para ese día. Aunque

nunca le había pegado, a ella le daba mucho miedo cómo gritaba; entonces se refugiaba en esa rama gorda que tenía un huequito en el que entraba justo. A veces hasta se quedaba dormida. Su mamá sabía que estaba allí e inventaba cualquier excusa cuando el hombre preguntaba por ella. De todos modos, entre el montón no se notaba mucho su ausencia; tenía hermanos mayores y menores, varones y mujeres, y cada uno zafaba como podía de la furia del viejo, de la angustia, del hambre, de las peleas...

Lali estaba por cumplir 15 años y ni se le ocurría dejar de ir a treparse al árbol los sábados a la tarde, para cuando se reservaba el placer de subir a las ramas más altas. Había una que tenía una horqueta donde se instalaba sin miedo, y aunque cedía un poco con su peso, ella estaba segura de que nunca la iba a dejar caer. Desde allí veía todo el barrio y gran parte de la ciudad; hacia el norte llegaba a ver el río. Se quedaba allí hasta que entraba el sol, y cuando no había luna bajaba del árbol guiándose solo por el tacto; tanto lo conocía que sabía exactamente por dónde tenía que ir.

Desde ahí arriba había seguido la construcción del barrio desde que vino la máquina y arrasó con todo lo que había en el terreno hasta dejarlo pelado y con la tierra revuelta. No dejaba de agradecer que los ingenieros que habían venido a medir unos meses antes hubieran elegido esa manzana y no la suya, es decir, donde estaba su árbol. Esa vez había tenido suerte.

En pocos meses las casitas pintadas de amarillo y con ventanas de distintos colores estuvieron listas, y una siesta vio una cola de gente con carpetas rojas y cara de felicidad que salían de una de ellas buscando la que les había tocado. Hacía mucho calor y los pasos levantaban tierra porque hacía meses que no llovía, pero las familias completas pululaban la zona y era

inimaginable cómo podían entrar tantas personas en una casita tan chiquita. Esa vez, desde el árbol, le había llamado la atención un grupo de gente que no se mezclaba con el resto. Eran todos flacos y morenos y los cabellos negros les brillaban al sol. No eran muchos y las dos mujeres casi no hablaban. Cuando les dieron las llaves, los hombres rumbearon primero y vinieron derechito a la casa que estaba enfrente del árbol. En un momento, el muchacho que iba detrás del padre levantó la cabeza y clavó la vista en la horqueta donde Lali estaba cómodamente sentada. El impacto la hizo agazaparse y se fue para adelante, pero su instintivo conocimiento del árbol la salvó. Abajo había una bifurcación con una rama gruesa y una finita, apoyó una mano en la primera mientras se sostenía con las piernas de la horqueta de donde se había deslizado. Había dado una especie de “vira cambota” entre las ramas del árbol, a unos siete metros de altura, y cuando se estabilizó de nuevo el cuerpo entero le temblaba como si fuera solo un corazón latiendo desbocado. Hacía tiempo que Lali no se asustaba más trepando el árbol. Al principio sí, cuando era chiquita y cada rama era un desafío. Pero ahora no sabía si el estado de convulsión en que había quedado tenía su origen en el susto o en aquella mirada oscura, electrizante, que le había disparado ese muchacho del que no recordaba ni la cara.

Todo ese mes transcurrido desde que se mudaron hasta ahora, cada vez que iba al árbol pasaba frente a su casa y las sacudidas que experimentaba la desconcertaban absolutamente. ¿Qué era eso que sentía? Dos veces se había cruzado con él. Una vez estaba removiendo la tierra del patio para plantar pasto, tenía una remera atada en la cabeza y cuando la vio dejó lo que estaba haciendo, se apoyó en la azada y la siguió con

la mirada hasta que ella desapareció en el montecito de enfrente.

Menos mal que estaba el árbol para agarrarse porque si no Lali se hubiera derramado. Lo abrazó con todo el cuerpo y sus latidos se fueron mezclando con el árbol hasta que en ella resonó la savia, fluyendo bajo la corteza.

La segunda vez que él estaba afuera, Lali decidió mirarlo también. Por lo menos quería saber cómo era su cara. Él pintaba el portón de hierro forjado que recién habían colocado e, igual que la primera vez, se detuvo a mirarla. Lali juntó coraje y lo miró también, lo recorrió en un instante, vio su cuerpo alto y delgado, la piel tersa y brillante, el sudor que le bajaba por el pecho sin pelos y la boca indescriptiblemente rosada y hermosa. Pero otra vez la atrapó esa mirada oscura que la descarnaba, la buscaba en un lugar que ni ella conocía de sí. Era un lugar subyugante, placentero, pero tan inquietante... Lali volvió en sí y desvió la mirada. No sabía cuanto tiempo habían estado así, apuró el paso y llegó al árbol. Estaba asustada y no sabía qué iba a hacer con eso que le estaba pasando.

Esa tarde había llovido mucho y ella se había quedado en su casa pensando solamente en él. Por eso, cuando paró de llover decidió pasar frente a su casa para intentar hablarle. La calle entoscada ya estaba llena de huecos que habían juntado agua y ella iba saltando uno a uno hasta que estuvo frente a la casita, y sin pensar se levantó el vestido, demasiado para su gusto. Fue tal la vergüenza que ya no pudo seguir adelante con su plan y enfiló hacia el árbol para pensarqué iba a hacer.

Llegó y se subió a la primera rama, como siempre lo hacía. Esta estaba mojada pero no embarrada, incluso había zonas que estaban secas. Siempre era así, en

algunos lugares era tan tupido el follaje que no pasaba el agua. Se dirigió a esa especie de cueva-nido que usaba los días de lluvia, y cuando se acomodó sintió que había alguien abajo. Antes de que pudiera asomarse a mirar él ya estaba arriba, parado frente a ella, que volvió a sentarse porque sintió que se iba a desmayar. Ya no podía controlar la respiración y se dejó llevar nomás por los espasmos que -estaba segura- la iban a arrasar. Después de todo iba a terminar disolviéndose y mezclándose con su árbol, y eso la consolaba un poco.

Él no habló. Se acercó, se sentó enfrente y la miró. Le acarició la cara, le dio un beso en la mejilla y le acomodó el pelo. Después le tomó la mano y la puso sobre su cara. Ella acarició esa piel tersa como ninguna y supo que jamás olvidaría esa sensación en sus dedos y que después de ese día podría dibujar su cara en cualquier papel o modelarla en cualquier barro, solo con la memoria de sus manos.

Estuvieron mirándose mucho tiempo. A Lali se le tranquilizó la respiración y le apareció un cariño enorme hacia ese muchacho desconocido pero hermano a la vez. Sintió lo mismo que sentía cuando abrazaba a su árbol, que él la comprendía y la conocía también.

Antes de irse él rompió el silencio. Le dijo que esperara dos años. Que cuando ella fuera más grande, él iba a ir a hablar con su padre para que los dejara casarse. Y que mientras tanto se encontrarían a escondidas en el árbol, un ratito cada día, para que nadie sospechara nada. "No te olvides que yo no soy de acá", le dijo, y Lali entendió porque había escuchado hablarde los laosianos a su papá.

Hoy Lali y Keo viven en una casita de madera que construyeron abajo del árbol, y cada vez que quieren hablarse de amor suben al nido en donde la vida es

naturalmente mágica y en donde el tiempo tiene la medida de sus aconteceres.

Índice

<i>Agradecimientos</i>	5
<i>Prólogo</i>	7
<i>La poesía</i>	9
<i>... Y el último día, el hombre rió</i>	11
<i>La amiga de Papá Noel</i>	13
<i>La leyenda de "El Solar"</i>	15
<i>La trilogía del viento</i>	17
<i>La comarca de los peces ciegos</i>	21
<i>Posadas: 5 pesos y esta historia</i>	25
<i>Opción de vida</i>	27
<i>Flores de plástico (rojas)</i>	33
<i>Compuertas</i>	39
<i>La cárcel de las formas</i>	43
<i>Pañales</i>	49
<i>De perros e hijos</i>	53
<i>La voz del alma</i>	63
<i>Los hijos del árbol</i>	69

